

PARAR EL TIEMPO O ¿QUÉ FUE DE AQUELLA ACELERACIÓN? EL DISCURSO SOCIAL ARGENTINO EN 2002

NORMA FATALA

Al considerar la crisis del tiempo en su libro *Regímenes de historicidad*, François Hartog se pregunta: “¿Estamos [...] ante un presente que se consume en forma interrumpida en la inmediatez o ante un presente casi estático e interminable, por no decir eterno?” (2007:38). En la Argentina, esa pregunta hubiera recabado respuestas diversas en la década del 90 y en los comienzos del segundo milenio; aunque quizás podríamos responder con Braudel que, habida cuenta de la pluralidad del tiempo social, estamos siempre en esa “viva e íntima oposición, infinitamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transcurrir” (2006:3).

Lo que motivaría las respuestas divergentes es que más allá de los tiempos individuales, hay en toda sociedad históricamente situada un tiempo de las instituciones y los grupos que, como todo lo *real* social, es construido en y por los discursos (Verón 1993:120).

Las transformaciones en la *producción simbólica de la temporalidad* que se presentan a partir de la crisis de diciembre de 2001 no son ajenas a la experiencia de los sujetos, aunque no en el sentido de “expresarla”, sino más bien porque la modelizan, como dispositivo inherente a una *hegemonía discursiva* (Angenot 1989:22), en sí misma sujeta al cambio.

Hace ya tiempo que las ciencias del lenguaje han establecido que cada discurso se articula alrededor del desembrague inicial de la enunciación por el cual se instalan simultáneamente sujeto, tiempo y espacio, y que además de ese constructo existen-

ciario particular, todo discurso, aun el literario, lleva las huellas de la época de su producción. Pero los discursos, como han notado los historiadores, también prefiguran una temporalidad en la que han de obtener su reconocimiento.

Nunca es esto más evidente que en los discursos que atañen no sólo al campo restringido de *la* política, sino al de *lo político*, en el sentido coextensivo con el conjunto de la comunidad ciudadana propuesto por Rosanvallon (2003:19-20). Ya sean políticos, económicos, periodísticos o religiosos, los discursos doxológicos que pugnan por algún tipo de poder sobre el Estado —no sólo el de gobernancia o el de representación, sino el de determinar las políticas públicas (Bourdieu y Wacquant 1995:66, 74-5)— no pueden obviar la producción simbólica del estado territorial, de la comunidad política y de un tiempo social, según ciertos cánones de aceptabilidad; es decir, actualizando, más allá de las diferencias y aun de las polémicas, los paradigmas temáticos y presupuestos compartidos que constituyen las bases dóxicas de un estado de discurso (Angenot 1989:28).

Esto no implica, sin embargo, una reproducción mecánica de principios. Por el contrario, como señaló repetidamente Angenot, una hegemonía discursiva opera mediante desplazamientos, reciclajes y novedades ostentatorias; por cooptaciones, incorporaciones y banalizaciones de las novedades “verdaderas” (contradiscursos). Lo que la instituye como tal no son principios imperecederos, sino una lógica vinculada a las relaciones de dominación y sus dispositivos de homogeneización y control, con el consecuente rechazo de los discursos irreductibles (de las lógicas otras) al limbo de lo absurdo, de lo indecible y, por lo tanto, impensable.

Postular que la lógica hegemónica está vinculada a las relaciones de dominación no implica que las calque, refleje, difracte etc., todo aquello que nos devuelve a la aporética cuestión base/superestructura. Como observó Williams (1997:129-136), la noción gramsciana de hegemonía es superadora de las diversas explicaciones de la determinación “en última instancia”. Mucho antes que Bourdieu, el pensador italiano comprendió el carácter contencioso de los campos y, por lo tanto, la posibilidad de reconfiguración de la hegemonía a partir de las luchas internas, de las necesidades organizativas o de la posición contingentemente más ventajosa de un sector de las clases dominantes (2004:277).

I. LA CRISIS ARGENTINA

El año 2002 —una especie de extendido “día después” de los acontecimientos de diciembre de 2001— es especialmente propicio para indagar los modos en que la hegemonía discursiva se re-construye. En medio de una crisis institucional, de representación, económica y social generalizada, la clase política necesita dar “un gran viraje” —como dice E. Duhalde— para salvaguardar su poder sobre el Estado. ¿Qué mejor que apelar a la Nación, de la cual también se han acordado las multitudes inorgánicas, en el anhe-

lo de encontrar símbolos comunes para enfrentar a sus representantes? Esta operación, sin embargo, requiere la construcción discursiva de un sujeto colectivo —un *nosotros* de máxima extensión— y la reposición de un tiempo histórico lineal. Es decir, un régimen de temporalidad que pueda articular —dar sentido a— la pluralidad multiforme de los tiempos vividos por los individuos o los grupos en el territorio nacional.

Tarea ímproba que un sector de la clase política resolverá a su favor construyendo la experiencia colectiva de ruptura de la continuidad como una *crisis del tiempo* —“cuando las articulaciones entre el pasado, el presente y el futuro dejan de parecer obvias” (Hartog 2007:38)—, para instalar el *estado de emergencia*, inseparable de la detención del devenir y la dislocación de las cronologías (Benjamin 1989).

Parar el tiempo es, desde ya, una apuesta en las luchas simbólicas que este sector sostiene con aquellos que aún defienden la ortodoxia neoliberal, por el poder de controlar el cambio y diseñar el futuro. Pero también está orientado a salvaguardar los capitales específicos de la clase de los efectos de la crisis de representación. En el campo restringido de *la* política, la guerra del tiempo tiene que ver con la redefinición del rol del Estado, con la forma de inserción en la economía mundial —de allí la crudeza del enfrentamiento en torno al eje devaluación/dolarización— y, sobre todo y en relación con ambas, con la lucha por el rol de interlocutores legítimos ante los organismos multinacionales de crédito. Si bien el enfrentamiento de ambos sectores —que sólo a título heurístico podríamos sintetizar con la oposición partidarios del “viejo” modelo vs. partidarios del “nuevo” modelo— se desarrollará abiertamente entre diciembre de 2001 y mayo de 2003, no es difícil rastrear sus prolegómenos más o menos soterrados en los meses anteriores, cuando ya aparecen cuestiones como la necesidad de un cambio de rumbo drástico, la oposición de los “modelos” y, sobre todo, se va delineando una línea más “política”, por oposición a otra más “económica” —subsumida por el nombre del superministro de la década, D. Cavallo—, que no coincide con las divisiones partidarias, corroborando el debilitamiento —ya señalado por Verón (2002:375)— de los “nosotros” exclusivos partidarios contruidos en torno a valores.¹ Esta debilidad, valga la paradoja, es el fundamento de la defensa de los intereses corporativos.

Hechas estas salvedades, conviene recordar que aunque el predominio del presente en la articulación de las relaciones temporales —el *presentismo*, en el sentido de Hartog— es común a todos, la noción del presente que comienza a hegemonizar el campo en 2002, así como la articulación de la temporalidad que se produce a partir de ella, subvierten en más de un sentido las construcciones de la década anterior.

2. TIEMPO SOCIAL Y COMUNIDAD POLÍTICA

En la Argentina de la euforia global, la axiologización negativa del Estado tuvo como correlato, para decirlo con Jameson, una “fragmentación del tiempo en series de presentes perpetuos” (1999:38), que congelaba las preguntas acerca de las causas

o las consecuencias porque suponía el “fin de la historia” y un futuro enteramente azaroso y, sin embargo, renegociable. Al subvertir así la operación cultural que había propiciado la idea de nación –“...una transformación secular de la fatalidad en continuidad, de la contingencia en significado” (Anderson 1993:29-30)–, la noción banalizada de la contingencia lanzada a la arena pública por el discurso noventista resultó también inseparable de la conversión discursiva de la *comunidad política imaginada* (Anderson 1993) en muchedumbres inorgánicas.

La insustancialización discursiva del futuro no deja incólumes otras nociones de las cuales éste es solidario en la construcción de *lo real* social de la comunidad, el contrato social, la producción de la verdad y la ley (Verón 1993:119-120), lo que viene a corroborar la deprecación de la Terceridad –del nivel simbólico– propia de la versión política del discurso de mercado representada de manera más visible por C. Menem.

Es comprensible entonces que cuando la fantasía del Primer Mundo se fisura por el peso de la cosa-en-sí y, más aún, después de la fallida experiencia aliancista, las viejas categorías –el pueblo, la nación, la ley...– retornen en los reclamos populares –que ahora tienen en el Estado un objeto de deseo– para enfrentar a la dirigencia política con la peor crisis de representación de la historia nacional.

La respuesta del canon emergente será, como dijimos, evocar –nuevamente– a la Nación, pero no aquella figura victoriosa de las generaciones de argentinos marchando ineluctablemente hacia un futuro promisorio, sino una nación detenida en un benjaminiano umbral, al borde del abismo.

Esta puesta en escena dramática demuestra que hasta el dispositivo de *posposición* ha cambiado de sentido. Si el presente fugaz de los noventa empujaba perpetuamente el futuro hacia la nada, el presente que se va naturalizando ya antes de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre se define fundamentalmente con relación al futuro, aunque de manera casi directamente inversa a la relación planteada por la filosofía del progreso. En lugar de correr hacia adelante, este presente persiste *substrayéndose de la aceleración que conduce al abismo*. Su dramatismo no deriva de la defección del futuro, privado de la “fuerza motora” que tuviera antes (Hartog 2007:17), sino de la “realización” actual de un futuro ominoso. Reconociendo que toda datación tiene algo de arbitrario, podría decirse que la noción del *futuro-ya-aquí* se hace explícita a partir del 3 de diciembre de 2001, con la puesta en vigencia del corralito financiero. Más allá de los efectos, por demás graves, sobre las vidas privadas, el corralito fue percibido como un indicio de la proximidad del juicio final: el *default*.

Conclusión temida/prevista/deseada, el *default* vendría a clausurar un tiempo social, ese tiempo –según Braudel (2006)– de los grupos y las instituciones, tiempo de mediana duración, escandido en ciclos generalmente económicos que cubren varias décadas. Una descripción bastante adecuada para el ciclo del endeudamiento inaugurado por la Argentina durante la dictadura de Onganía, que resulta inseparable de

la percepción, aun si difusa, de un *futuro hipotecado*, cuyo correlato simbólico es la devaluación del Estado nacional y el estatuto ciudadano.

Concediendo que sólo los sectores letrados podían interpretar esto como un retorno de lo mismo –como la reedición de otros endeudamientos liberales–, y que durante el menemato se practicó una versión bizarra del olvido nietzscheano, puede argüirse que el peso de la deuda ha estado, prácticamente desde el gobierno de María Estela Martínez, pero sobre todo a partir de 1983, a flor de la conciencia de los argentinos, listo para ser evocado a la menor excusa y es, en ese sentido, constitutivo de las identidades colectivas configuradas.

Según su posición en el campo, los sectores discursivos canónicos apelaron, en su tratamiento de los vaivenes de la deuda, a la construcción de un colectivo cómplice, culpable o victimizado, pero en cualquier caso sujeto a la obligación. Si durante los períodos menemistas la deuda soberana sirvió de justificación para la liquidación del Estado, el gobierno de la Alianza pretendió eximir al conjunto de los ciudadanos de la *responsabilidad* en el endeudamiento, para transformarlos, en el mismo gesto, en partícipes obligados de las consecuencias –“Hoy la realidad nos pasa la cuenta” afirmó el Presidente (HDC, 11/12/01:3).

Prácticamente desde la asunción de De la Rúa, los sectores neoliberales más ortodoxos comenzaron a construir una figura réproba del deudor, asumiendo el punto de vista de los acreedores internacionales, como *La Mañana de Córdoba* –versión cordobesa de *Ámbito Financiero*–, que en 2003 seguía titulando: *FMI advierte: no se aprobó miniacuerdo* (LMC, 23/05/03:5), *Duda Wall St. de plan de Kirchner* (LMC, 28/05/03:4).

A su vez, los sectores discursivos más alejados de las disputas por el poder sobre el Estado son los que permiten inferir, a través de las figuras de sus enunciarios previstos, la manera en que los anónimos lectores conciben el país, su propia condición de ciudadanos, y el peso de la deuda sobre el futuro de ambos. Por ejemplo, en los enunciados humorísticos que tematizan la deuda abundan las ironías. Y la ironía, como se sabe, es un dispositivo textual fundamentalmente enunciativo –ya que requiere la complicidad del lector– y axiológico –en tanto remite *a contrario* a un deber ser. De esa manera, la complicidad del punto de vista y la presuposición de un mandato ético desvirtuado contribuyen a configurar una comunidad en el sentido amplio de *lo* político.

La visión desencantada del porvenir del país y la ciudadanía, inscrita por doquier en situaciones más o menos hilarantes, conlleva a veces de manera explícita la valoración negativa de uno u otra –o de ambos–² y evoca aquella apreciación de Canetti (1973:118) acerca del sentimiento de degradación: “personal sufrido por los ciudadanos alemanes ante la depreciación de la unidad monetaria nacional”.

Pero si durante la década cavallista el futuro amenazador pudo ser reconocido/descubierto –en algunos casos, ahogado en los sucesivos consumos alentados por la convertibi-

lidad, en otros, desprovisto de sentido por las angustias del día a día—, es porque, fagocitado por esos *presentes seriales*, parecía sujeto siempre a una *posposición indefinida*.

3. DETENER EL TIEMPO, GOBERNAR EL CAMBIO

La inminencia del *default* requiere, por el contrario, la puesta en discurso de un *presente histórico* común a todos los sometidos a la territorialidad del Estado. Pero este presente en crisis no puede articularse en una continuidad, ya que el futuro lo amenaza y no hay nada que rescatar en los pasados recientes. Es el tiempo detenido del *estado de emergencia*, un presente supraindividual, de límites imprecisos y movimiento imperceptible que, como el cronos de Deleuze (2001:170), absorbe no sólo los presentes individuales, sino las mismas causas y consecuencias que reconoce.

Este *impasse* dramático es, no hace falta decirlo, fruto de una ingeniería política. Bajo la “charca estancada”, las fuerzas de la nueva hegemonía trabajan para colmar las brechas que son su condición de posibilidad: la ruptura con el “viejo” modelo económico, que presupone la puesta en marcha del “nuevo” modelo (la Argentina productiva) y la ruptura física de la transferencia a los acreedores internacionales —el *default*—, que requiere de una negociación de signo inverso a la desarrollada por el cavallismo: de la posposición por endeudamiento indefinido a la posposición indefinida por incapacidad de pago. Desde esta encrucijada, que efectivamente sostiene el diagrama de un país diferente, se coagulan dos redes significantes: una hacia el interior —el discurso de “salvación nacional”— y la otra hacia el exterior —el discurso del pago de la deuda condicionado a la recuperación de la economía. En ambos casos, la aceptabilidad es problemática: el tiempo lento de ambas propuestas choca en el país con la urgencia de las necesidades y, en el exterior, con la necesidad de ganancia rápida que es la regla del flujo irrestricto de los capitales.

Si la estrategia del gobierno con los acreedores internacionales consiste en la ralentización de las tratativas —“una negociación en cuotas y con resultados en cuotas”, según Lavagna (HDC, 02/09/02:4)—, con relación a los reclamos internos, Duhalde va a perseverar en las mismas tácticas con las que llegó al poder. Reformulando sartreanamente uno de los frecuentes enunciados contrafácticos de Agamben,³ podría decirse que los sectores que acuerdan el nombramiento de E. Duhalde como presidente transitorio logran detener el tiempo porque conservan el recuerdo de que la patria original del hombre es el *temor*. A diferencia del discurso menemista, más endeudado con las premisas del discurso publicitario que con las del discurso político —lo que le permite eludir el problema de la producción de la verdad o de lo opinable, para perseguir la instauración de un deseo—, el nuevo régimen signifiante privilegia un discurso apocalíptico, una forma de manipulación orientada a actualizar el polo negativo de la categoría tímica —el temor a la disolución, a la anarquía, al des-gobierno— operada mediante discursos “transparentes” que describen *ad infinitum* la fragmentación social, la bancarrota del Estado y la destrucción del aparato productivo.⁴

La inversión de las prácticas manipulatorias del discurso menemista le otorga no pocas ventajas simbólicas. En primer lugar, la puesta en discurso de “lo peor” produce una *ilusión de referencialidad*—en términos de recepción exotéricos, la ansiada correspondencia entre las palabras y las cosas, producto de dos períodos menemistas— y refuerza la noción de *emergencia nacional*, que dota de legitimidad al gobierno de transición.

En segundo lugar, el discurso del Apocalipsis contiene el germen de un régimen de temporalidad ya que, al generar imágenes de tierra baldía, sienta las bases de un retorno *ab initio*, una refundación, un nuevo contrato social, lo que transformaría el presente en *pasado del porvenir*. De hecho, el llamado al “Diálogo Argentino” constituye una tentativa de recrear la esfera pública restringida—los partidos políticos, la Iglesia, el empresariado “nacional” y la CGT— de una democracia burguesa nacional. Como correlato, el nuevo comienzo es ameno a la *liquidación sumaria del pasado*.

Los sectores dominantes de la política van a blanquear su participación en el desastre mediante una operación retórica: el reconocimiento de la responsabilidad de la clase en la crisis; lo cual, sin embargo, no afecta sus pretensiones de competencia para la función pública.⁵ La demonización del “viejo modelo” y la exclusión de los responsables *más visibles* son las compensaciones simbólicas de la falta de renunciamiento colectivo: “Participaremos constructivamente con la voluntad de superar la crisis de esta Nación, a la que nos llevaron ineptos y corruptos”, dijo luego Duhalde (HDC, 15/01/02:1).

No sorprende que este discurso, que presupone la asimetría radical de gobernantes y gobernados para revalidar sus propios títulos, focalice la destinación en los paratitulares (Verón, 1987:17), desconozca el activismo o la participación ciudadana y construya a los gobernados sólo como sujetos pacientes del despojo y de las medidas de emergencia. La distancia pedagógica que el discurso presidencial asume no sólo es congruente con su construcción de sí como salvador de la nación, sino que, de hecho, durante el transcurso de 2002 la actividad dialógica—si así puede llamarse— del gobierno se agota en las internas del aparato justicialista y en la interminable negociación con el FMI, cuya circularidad y redundancia constituyen las verdaderas bases dóxicas de este tiempo detenido, según surge de su diseminación en el conjunto de los discursos sociales.

Los medios, por ejemplo, privilegian el tratamiento diario de los grandes temas irresueltos—el *default*, las negociaciones con el Fondo, el corralito y su judicialización, las manifestaciones, la inflación, el crecimiento de la pobreza—, dejando en un segundo plano las internas partidarias con vistas a las elecciones presidenciales. Las declaraciones de los voceros industriales, de los sindicalistas y obreros describen una “Argentina productiva” estancada, a la espera de la resolución de la problemática financiera. Hasta la oposición “verdadera”—los sectores políticos y sindicales alternativos o contradiscursivos— queda atrapada en el *impasse*: su discurso aparece detenido en la institucionalización del “que se vayan todos”.

Lo notable es que de todas las instituciones de la sociedad civil, el discurso de la Iglesia es el único que evidencia un proyecto claro y una configuración radicalizada del presente: “[...] las crisis son oportunidades y en tamaña crisis pensamos que debe haber escondida una gran oportunidad”, dice el obispo Maccarone (HDC, 13/05/02:3). Y en esta oportunidad, las jerarquías eclesásticas optan por reasumir con naturalidad el monopolio de los juicios legítimos para abonar el discurso del Apocalipsis y condenar al conjunto de la clase política, al mismo tiempo que escamotean sus propias debilidades con el menemismo.

4. EN CONCLUSIÓN...

En diciembre de 2002, el corralito se abre, el acuerdo con el FMI entra en su etapa final, los números de la macroeconomía mejoran y el *relato de la paulatina recuperación del país* marca la salida simbólica del umbral de la emergencia. Para la mayoría de la población, se acaba un año que ha de sumarse a los pasados recientes que hay que olvidar.

Nacido bajo el signo paradójico de una reacción⁶ en un mundo sin revoluciones, el año deja un Estado relativamente recuperado y revalorado —al menos como trinchera ante los vectores multinacionales de poder—, distinto de aquél que reclamaban los manifestantes, pero aceptable en los términos de la nueva hegemonía discursiva. Porque lo que han operado los discursos “transparentes” de 2002 es la salida simbólica de la modernidad que tuvimos, una construcción de lo real social obturada durante años por la fantasía del Primer Mundo.

Habría que señalar, sin embargo, que este *aggiornamento* de la doxa en nombre de la salvación de la nación tiene, como toda operación ideológica una falla constitutiva —que le impide ser la totalidad que pretende— y que en este caso también es del orden de la temporalidad.

En su retracción de la velocidad-que-conduce-al-abismo, el discurso del Apocalipsis arrasó además con toda expectativa de un futuro de mayor justicia y mejor distribución, para instalar una idea de Nación que en su *no contemporaneidad* es doblemente ideológica, ya que no sólo escamotea —a la manera clásica— los conflictos de clase bajo la comunidad supuestamente horizontal, sino porque, en relación con el presente, oculta la no solidaridad radical —en el sentido de depender unos de otros— de productores y consumidores, que es un principio de funcionamiento del orden global en el que se inserta el “nuevo” modelo agroexportador.

El presentismo amesetado de 2002 aparece así tan desinteresado por el futuro como el presentismo fugaz de la década anterior. La diferencia, en todo caso, tiene que ver con su relación con el pasado, ya que presenta rasgos conservadores inexistentes en la hegemonía discursiva de los noventa.

NOTAS

¹ Véase “Según Alfonsín, Cavallo debería dejar su cargo” (*HDC*, 03/09/01:3); “El Presidente rechazó de plano la posibilidad de un cogobierno”, (*HDC*, 03/09/01:3); “Para el ex gobernador Duhalde el país está en condiciones de comenzar el gran cambio” (*HDC*, 21/11/ 01: 3); “El retorno de Menem agitó la interna del justicialismo” (*HDC*, 27/11/01:3); “El justicialista Ramón Puerta es virtual vicepresidente argentino” (*HDC*, 30/11/01:3).

² Véase Humor (viñeta) (LVI 02/09/2000, Zona de Juegos:12); “Gotas de Benceno” (LVI 01/12/01, Zona de Juegos :5); (LVI 05/01/02, Zona de Juegos: 16); (LVI 26/08/02, Zona de Juegos :5).

³ “Un verdadero materialista histórico no es aquel que persigue a lo largo del tiempo lineal infinito un vacuo espejismo de progreso continuo; sino aquel que en todo momento está en condiciones de detener el tiempo porque conserva el recuerdo de que la patria original del hombre es el placer” (Agamben, 2001:154).

⁴ “Lo afirmó el flamante mandatario a poco de asumir...” (*HDC*, 03/01/02:3); “Como la guerra” (*HDC*, 23/01/02:3); “Duhalde: ‘Se ha armado una bomba social’” (*HDC*, 16/01/02:1).

⁵ “Debemos tomar decisiones tremendas sin equivocarnos”(HDC, 03/01/02:3); “Terragno considera que el pueblo está reformando la Constitución”(HDC, 29/01/02:3).

⁶ En la lógica de la modernidad, revolución y reacción son los motores dialécticos de la marcha hacia el futuro promisorio (véase Koselleck, 1993:37-8).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGAMBEN, G. (2001) *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- ANDERSON, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- ANGENOT, M. (1989) *1889 Un état du discours social*. Quebec: Le Préambule.
- BENJAMIN, W. (1989) “Tesis de filosofía de la historia” en *Discursos Interrumpidos I.*, 167-191. Buenos Aires: Taurus.
- BOURDIEU, P; WACQUANT, L. (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- BRAUDEL, F. (2006) “La larga duración” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, N°5, UAM-AEDRI. www.relacionesinternacionales.info.
- CANETTI, E. (1973) *Crowds and Power*. Londres: Penguin Books.
- DELEUZE, G. (2001) *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- HARTOG, F. (2007) *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana Departamento de Historia.
- JAMESON, F. (1999) “El posmodernismo y la sociedad de consumo” en *El giro cultural*, 15-38. Buenos Aires: Manantial.
- KOSELLECK, R. (1993) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.

ROSANVALLON, P. (2003) *Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France*. Buenos Aires: FCE.

VERÓN, E. (2002) “Mediatización de la política: discursos en conflicto, cruces y distinciones” en *La comunicación política. Transformaciones del espacio público*, entrevista realizada por M. E. Qués y C. Sagol, en *deSignis* 2, abril 2002, 367-377. Barcelona: Gedisa.

_____ (1993) *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

_____ (1987) “La palabra adversativa” en Verón, E. y otros: *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

WILLIAMS, R. (1997) *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península/Biblos.

FUENTES PERIODÍSTICAS

HOY DÍA Córdoba (HDC)

LA VOZ del Interior (LVI)

LA MAÑANA de Córdoba (LMC)